

inmenso poder que todo lo niega? Ayudado Pablo por algunos hechos irrecusables, creía y dudaba á la vez. Perdido en sus ideas, presa de una terrible incertidumbre, pero combatido á la vez por aquellas muestras de amor y por su fé en Natalia, leyó otras dos veces aquella difusa carta sin llegar al cabo á deducir nada en pró ó en contra de su esposa. El amor, del mismo modo se muestra grande con la locuacidad, que con la concision.

Para comprender bien el estado de ánimo en que quedó Pablo despues de la lectura de esta carta, preciso es representárselo flotando tanto en el Océano por el que navegaba, como en la inmensa estension de sus recuerdos que presentaban á su mente, como un cielo de la mas pura diafanidad, toda su vida pasada; despues de envolverse en el torbellino de la duda arrasrado por sus ideas, recobraba la fé pura, sin límites del cristiano y del enamorado que sofocaba el grito de su corazon. Ahora es tambien necesario trasladar aquí la carta á la cual contestaba Enrique de Marsay.

Del conde de Manerville al marqués de Marsay.

«Enrique, voy á hacerte una de las mas grandes confianzas que un amigo pueda depositar en otro: estoy arruinado. Cuando recibas esta carta me hallaré á bordo de la *Belle-Amalia*, anclada en Burdeos, para marchar á Calcuta. Queda estendida en casa de mi notario una escritura en la que no falta mas que tu firma, por la cual te cedo en arrendamiento mi palacio por espacio de seis años. Este contrato simulado, de cuyo importe puedes reintegrarte en letra á cargo de mi esposa, es una precaucion para que Natalia pueda continuar en su

casa sin temer á los acreedores. Asimismo te traspaso la renta de mi mayorazgo durante cuatro años para reembolsarte de una suma de cincuenta mil escudos, que te suplico mandes á Burdeos á la orden de Mathias. Mi esposa te prestará su garantía en su pererogacion de mis rentas. Si con el usufructo de mi mayorazgo cubrieses mi deuda para contigo antes del plazo indicado, ya liquidaremos á mi vuelta. La suma que te he pedido me es indispensable para tentar fortuna, y tal confianza tengo en tí, que no dudo la recibiré en Burdeos la víspera de mi salida. Creo que en mi situacion tu conducta no hubiera discrepado de la mia. Me hé sostenido hasta el último momento sin dejar tan solo sospechar mi ruina. Despues, cuando el rumor del embargo inmobiliario de mis bienes llegó hasta Paris, procuré probar fortuna al juego con cien mil francos que reuní en letras de cambio. Podia rehacerme con un azar favorable, pero perdí. ¿Cómo me he arruinado? Voluntariamente, mi querido Enrique. Desde el primer dia conocí que no podian mis rentas soportar todos mis gastos, veia el re-

sultado, pero cerré los ojos no queriendo decir á mi muger.—Abandonemos á Paris, retirémonos á Lanstrac.—Me he arruinado por ella como pudiera haberlo hecho por una querida, pero sabiéndolo. No creas que he sido débil ó tonto. Un imbécil no se deja dominar con pleno conocimiento por una pasion, y no es nada cobarde el hombre que en vez de saltarse la tapa de los sesos, arriesga su vida en tan lejanos paises para reconstruir su fortuna. Volveré rico ó no volveré. Solamente, amigo mio, como yo no deseo riquezas sino para ella y no quiero ser juguete de nadie, te suplico que veles por mi Natalia durante mis seis años de ausencia. Tú gozas bastante con otras mugeres para respetar á mi esposa, y acordarme toda la probidad del sentimiento que nos une. No conozco á nadie capaz de guardarla tan bien como tú. Como dejo á mi muger sin hijos, un amante podia ser peligrosísimo para ella. Sepas, mi buen Marsay, que amo con locura á Natalia, que por ella seria capaz hasta de la infamia. Hasta creo que la perdonaria una infidelidad, no por la certidumbre de mi

venganza que llevaria á cabo aunque me costase la vida, sino porque me mataria por ella si mi muerte pudiese contribuir á su felicidad. La he tratado siempre como á un hijo mimado. ¡Me sentia tan feliz con mis sacrificios y encadenábanse de tal manera un capricho con otro capricho, que seria una infame si me engañase! El amor se paga con el amor. Quiero, querido Enrique, que me lo cuentes todo. Acabo de escribirla una carta en la que le digo que parto lleno de esperanza, que no abrigo ni dudas, ni celos, ni temor; una carta como las que escriben los hijos á sus madres la víspera de una batalla, ocultándoles el peligro bajo el manto de la Providencia y del triunfo. ¡Dios mio, Marsay, y yo sentia un infierno en el corazon! Para tí mis ayes de dolor, para tí mi llanto, para ella la sonrisa del disímulo. Preferiria quedarme de barrendero con tal de que la viese á sus ventanas al pasar por la calle, á volver millonario despues de seis años de ausencia. Siento la mas horrible angustia y no disfrutaré un momento de reposo hasta el dia en que reciba carta tuya aceptando el cargo que te

lego y que solo tú puedes desempeñar y darle buen cumplimiento. ¡Oh! querido Marsay, esa mujer es indispensable á mi vida, es mi aire, mi sol. Ampárala bajo tu égida, consérvamela fiel aunque sea á pesar suyo: aun seria feliz con esta semi-dicha. Sé su rodrigon, de tí no desconfiaré. Convéncela de que seria una cosa vulgar el engañarme; que de este modo se pareceria á la generalidad de las mugeres y demostraria mas talento permaneciéndome fiel. Debe contar aun con bastantes recursos para continuar en su vida apacible y sin cuidados; pero si le faltase algo, si alimentase un capricho, sé tú su banquero, no te dé cuidado el satisfacerlo, volveré rico. Pero, ¡que escribo! mis temores son vanos é infundados; Natalia es un ángel de virtud. Cuando Félix de Vandenesse, arrastrado de su pasion por ella se permitió alguna asiduidad, tan solo advertí el peligro á Natalia, y ella me contestó dándome las gracias de tal manera y con tanta pasion, que me conmoví. Me dijo que su reputacion no permitia que un hombre abandonase brusca-mente su casa, pero que ella sabria despedirle

poco á poco. En efecto, desde entonces, cada vez le recibió con mas frialdad, y todo se terminó satisfactoriamente. Esta es la única cuestion que hemos tenido en el espacio de cuatro años, si puede llamarse cuestion un amistoso diálogo. Adios, amigo Enrique; soy hombre. La desgracia me ha aplastado con su peso, me humillo y parto. La miseria y Natalia son términos imposibles de conciliar. Nadie podrá tener queja de mí; el balance entre mi activo y pasivo es exactísimo, pero si por casualidad mi honor quedase á descubierto no satisfaciéndose todas mis deudas hasta el último sueldo, cuento contigo. En fin, si ocurriese algo grave, puedes escribirme con sobre al gobernador de la India en Calcuta; me unen con él algunas amistosas relaciones, y se me guardarán las cartas procedentes de Europa. Deseo, amigo mio, encontrarte el mismo á mi vuelta; burlándote de todo, pero accesible al sentimiento ageno, cuanto este sentimiento es tan grande como tu nobleza. Tú te quedas en Paris, yo cuando leas estas líneas estaré gritando: ¡A Cartago!»

*Del marqués Enrique de Marsay al conde
Pablo de Manerville.*

«Es decir, señor conde, que te hundiste; el embajador ha zozobrado. Hé ahí todas las bellas cosas que hacías. ¿Por qué no fuiste franco conmigo? Si me hubieras dicho una sola palabra, amigo mio, te hubiera hecho conocer tu situacion. Tu muger no ha querido prestarme su garantía. ¡Pueda esta sola frase hacer caer la venda de los ojos! Y si no fuese suficiente, sabe que tus letras de cambio han sido protestadas á demanda de un tal Solonet, notario en Burdeos. Este usurero, en embrion, venido de la Gascuña tan solo para enredar, es